



# Mi Quijote

Mi primera biblioteca fue un armario chiquitito, de poco fondo, en el que a mis trece años atesoraba una docena de libros. Todavía conservo en él el germen de mi biblioteca, el *Quijote contado a los niños* que leíamos por turno, cada tarde, con este gastado ejemplar en la escuela de mis primeras letras. Mi personaje histórico y literario favorito es Cervantes poco después de alumbrar el Quijote.

Si la vida es o puede ser como una biblioteca, la biblioteca también puede ser como una vida. A menudo lo es. Borges señala que algunos personajes de la segunda parte del Quijote ya han leído la primera, con lo que enuncian una historia circular, infinita. Quizá Cervantes sea también un personaje del libro, un hombre que se vierte tanto en su novela que le transfiere su sustancia y deja atrás el caparazón vacío de un viejo soldado, un autor fracasado, un hombre a vueltas con la vida, siempre trampeando, que descubre

*Paseo mi melancólica mirada por los estantes de mi biblioteca y veo dibujarse en estos libros, los que he leído y los que he escrito, mi vida entera.*

su vocación, o su cauce, ya tarde. Paseo mi melancólica mirada, la melancólica mirada de un escritor-lector que se acerca a la sesentena, por los estantes de mi biblioteca y veo dibujarse en estos libros, los que he leído y los que he escrito, mi vida entera, mis afanes, mis gustos, mis requiebros, pero también mis limitaciones y mis renunciadas. Los libros que he frecuentado, los que leí en amorosa compañía, los que ya no volveré a leer, los que no leeré nunca porque pertenecen a un proyecto abandonado. En estos días regreso al Quijote después de diez años de ausencia y, como siempre, lo encuentro joven, viejo y renovado. En los descansos picoteo libros sobre Cervantes, otra biblioteca incesante y circular. En *El caballero del Verde Gabán*, L.G. Hortigon describa el Quijote como un tratado cabalístico repleto de significados y claves, inspirado en personas de su tiempo. En *El Triunfo de don Quijote*, de Federico Ortés, el libro de Cervantes oculta un misterio jesuítico. En *El escritor que compró su propio libro*, Juan Carlos Rodríguez,

con portentosa erudición, rescata el Quijote de las interpretaciones idealistas o románticas. Para este autor la primera novela nace con la vocación de llegar al gran público y dar de comer a su autor. En *Cervantes clave española*, Julián Marías confiesa que el lector encuentra en Cervantes lo que necesita de él para realizar su propia vida y analiza los múltiples aspectos del Cervantes histórico y del poliédrico Cervantes que la historiografía ha generado sobre el débil cañamazo de una existencia de la que ignoramos casi todo, aunque quizá podamos aspirar, otra vez la cábala, a descifrarlo a partir de sus personajes o a través de nuestro propio reflejo en ellos, esa puerta mágica de la ficción llamada novela que Cervantes descubrió.

El libro mágico que arrastró a su autor y lo sobrepasó nos sigue arrastrando y sobrepasando a los críticos, a los exegetas y a los lectores. Es un continente ignoto, demasiado extenso para explorarlo, incluso con la ayuda de los mapas que sus geógrafos levantan. Cuanto más lo leemos más nos prende, como un juego de espejos que se contiene a sí mismo, a Cervantes y a nosotros, sus lectores, los que fuimos, los que somos y quizá los que seremos, incesante y eterno, el libro que es una biblioteca. ■

